

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

# Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación  
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo  
con los 34 *Cuadernos* en:

[www.bac-editorial.es](http://www.bac-editorial.es)

CONSTITUCIÓN  
*SACROSANCTUM CONCILIUM*  
SOBRE LA SAGRADA LITURGIA

CUADERNO 8



CUADERNO 8  
VIVIR LA LITURGIA  
EN LA PARROQUIA  
(SC 40-46)

SAMUELE UGO RIVA

INTRODUCCIÓN

He aceptado con mucho gusto la invitación de mons. Rino Fisichella —a quien tengo el honor de considerar un gran amigo desde hace mucho tiempo— de aportar esta modesta contribución con el fin de ayudar a los más jóvenes a entender y acoger algunos mensajes fundamentales del Concilio Ecuménico Vaticano II, del que me siento hijo. Cuando estaba recogiendo algunas ideas de propuesta, me venían a los ojos las tantísimas veces en las que, a lo largo de casi 40 años de sacerdocio, he tenido la gracia de encontrarme con chicos y jóvenes, de conocerlos y acompañarlos en su crecimiento humano y cristiano. Recordando sus rostros, he tenido la sensación de estar viviendo en mi corazón sus emociones, sus sonrisas y sus lágrimas, que han poblado tantas celebraciones, fiestas, tantos momentos especiales de su vida, tantos encuentros con el Señor que han dejado una marca indeleble, tantas vivencias fuertes que han transformado a quienes las experimentan (cf. H. G. GADAMER, *Verità e metodo*, Milán 1997, 542) [trad. esp.: *Verdad y método*, Salamanca 2017].

Pensando en todos estos jóvenes y recordando lo poco que he podido dar y lo mucho que yo he recibido de ellos, me dispongo a redactar estas notas. Es como si me dirigiera de nuevo a ellos, entendiendo y acogiendo sus preguntas, su necesidad de entender su significado, su hambre y sed de autenticidad, su búsqueda de la verdad capaz todavía de hacerles libres, su gusto de celebrar «en espíritu y verdad» (Jn 4,23). Esto es lo que ha mo-

tivado toda mi vida a dedicarme a profundizar en la liturgia y a ocuparme de la pastoral litúrgica, en el espíritu de la regla de san Benito que, convencido como estaba de la eminencia de la Escritura, exhortaba así a los discípulos del Señor: «Nihil operi Dei praeponatur» (Nada se anteponga a la dedicación a Dios) (*Regla IV, 21*). Por eso, en este momento resuena en mi espíritu la exhortación del apóstol: «Glorificad a Cristo, el Señor, en vuestros corazones»; me la repito a mí y a todos los lectores. Es necesario, para ello, enfocar algunas premisas antes de comenzar el camino y desarrollar un tema fascinante.

## 1. Una experiencia rica de perfume y sabor

La liturgia es una de las experiencias más «perfumadas», más importantes y sabrosas que pueden degustar las comunidades cristianas y que se colocan en el centro y en el corazón de su vida. Es quizá la única capaz de cumplir holísticamente múltiples funciones: sabe alimentar la mente, tocar el corazón, suscitar emoción y conmoción, mover ese asombro que es la premisa más auténtica e importante para la fe, llevar a la caridad, aportar motivaciones y fuerza para vivirla heroicamente. La liturgia se encuentra hoy en día ante una especie de encrucijada y fácilmente puede llevar a caminos incompatibles: ser fascinante si se celebra y se vive en su verdad; o ser repelente si se celebra sin motivación, con desgana, cansancio, aburrimiento y pedantería, así será causa de hastío, y perderá toda la capacidad que tiene para rezumar la fe y el amor de sus protagonistas, sacerdotes y laicos, ministros y fieles. Una de las acusaciones más deprimentes que se puedan recibir, como creyentes, es la de ser «ateos practicantes». Es necesario, pues, recuperar el perfume y el sabor más auténtico de la liturgia, gracias a una renovación y a una profundización en la fe.

## 2. Crisis de la liturgia

La liturgia está viviendo una crisis profunda que se nota en la desafección de muchos bautizados, que la condenan a ser irrele-

vante en sus vidas y que está determinada por tanto por una crisis de fe. En cambio, tendría que ser uno de los patrimonios más queridos, tutelados, custodiados y promovidos por las comunidades cristianas, ya sean parroquiales como de otra índole. Paradójicamente, sucede que por desgracia se apropian de ella (con o sin propósito) grupos, movimientos, asociaciones y farsantes que son capaces de elaborar un lenguaje «litúrgico» específico y cautivador, pero a veces periférico con respecto al culto cristiano, hasta el punto de hacerse característico e identitario para un determinado tipo de experiencias de fe. Sucede cada vez más a menudo que las jóvenes generaciones en especial tienen que «emigrar» de sus comunidades parroquiales para vivir una experiencia litúrgica significativa que les acerque a algún «oasis» exótico, cuando tendría que ocurrir el proceso exactamente opuesto: que la plenitud y la excelencia de la experiencia litúrgica cristiana tendría que realizarse en el interior de esa porción de Iglesia que nace y vive de la liturgia, para así llegar a la plena madurez de Cristo precisamente gracias a ella, en vez de hacerlo en la parcialidad de algunas experiencias (aunque no sean necesariamente negativas). Se debe señalar con honradez que en los años en los que la Iglesia se empleó en actualizar la reforma litúrgica auspiciada y promovida por el Concilio Ecuménico Vaticano II, se asistió a un tránsito ni deseado ni provocado por la *Sacrosanctum Concilium* (el documento conciliar que trata sobre la liturgia): de un culto muy marcado por el sentido del misterio y por el consiguiente respeto y asombro que lleva a la adoración, a un tipo de celebración a menudo banalizada o locuaz, irrespetuosa con el misterio de Dios y desmemoriada del hecho de que la necesidad excesiva de teatralidad superficial desnaturaliza el culto. La necesidad casi obsesiva de explicaciones, la verborrea didascálica, traiciona y denuncia por sí misma la escasa capacidad de comunicar lo que está sucediendo. Estos son algunos aspectos de la crisis de la liturgia.

### 3. **Un corazón en y de la liturgia**

Repensar la liturgia a la luz de estos fenómenos es por tanto un deber a todos los niveles de la vida comunitaria y es de-

seable una «reforma de la reforma» no por un formalismo preconcebido, sino para impedir que la liturgia se transforme en una ideología abstrusa, separada de la teología, que traicione su naturaleza y la identidad en la que estamos intentando profundizar en el presente texto. En efecto, la liturgia, es ser más que pensar, creer y vivir más que hacer. La prueba de una comprensión adecuada de la liturgia no reside en la capacidad de una explicación rigurosa y detallada de lo que es o de una impecable ejecución del rito, sino más bien en la conversión de vida que trae consigo. El centro y el corazón de la Iglesia y de su culto es el encuentro y la conversión personal junto con la conversión comunitaria a Cristo.

#### 4. Un cuerpo que celebra la Cabeza

La liturgia es por naturaleza una cuestión eclesial, no puede ser celebrada de forma individualista: su carácter comunitario está en su ADN. En efecto, el término de «liturgia» encuentra su raíz en el término griego de *laòs* que significa «pueblo». Por esta connotación «popular», la liturgia es ontológica y estructuralmente una acción coral, es el actuar del pueblo de Dios, cuya vida nace de un acto litúrgico, el bautismo; crece y madura gracias a una serie de actos litúrgicos, los sacramentos; y ve su epílogo en un acto litúrgico, un sacramental, que cierra las puertas a la vida terrena para abrir de par en par el portal de la eternidad. Por lo tanto, la liturgia es una realidad que hay que vivir en un contexto comunitario específico que ha tomado el nombre de parroquia y del que debemos tratar a fondo. El término procede del griego *parà* y *oikia*, literalmente «habitación junto». La parroquia, al igual que la liturgia, es fácilmente identificable en el edificio de la iglesia en el que la comunidad celebra normalmente el culto de Dios. Sin embargo, el habitar de los creyentes es un habitar de manera no estable, temporal, como ya relata el antiguo escrito cristiano *Carta a Diogneto*: «Los cristianos [...] residen en sus propios países, pero solo como transeúntes; comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como los

forasteros. Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña» (*Carta a Diogneto*, c. 5: FUNK, 397). Esta dimensión de carácter «provisorio» manifiesta la connotación de éxodo de la Iglesia, realidad en movimiento a la búsqueda de su verdadera patria y de la ciudad futura definitiva, una comunidad marcada por la tensión escatológica hacia lo «definitivo» que solo podemos esperar en nuestra existencia actual provisoria. La liturgia permite intuir y pregonar esta extensión escatológica —es decir, definitiva, eterna— que se encuentra en toda celebración, como proclama, aquí y ahora, la asamblea litúrgica en la celebración eucarística después del momento de la memoria de la cena del Señor con el anuncio de la grandeza del misterio de la fe: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, hasta que vuelvas». La *para-oikia* se convierte de este modo en la manifestación más visible de la *Ecclesia orans* que obtiene del pasado, se expresa en el presente y se extiende al futuro. En el culto, la Iglesia ejerce su dimensión de esposa del Señor cuando abraza el territorio en el que vive y ama. Se muestra así especialmente viva porque sirve a los iconos vivos de Cristo: todas las mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, solteros y familias... con sus alegrías esperanzas, fatigas y dramas. Con el culto, la Iglesia anuncia, celebra y ama, expresa a todos su fe de la mejor manera posible. Por este motivo, la parroquia es un cuerpo que celebra la Cabeza, es el lugar privilegiado donde los cristianos ponen sus propios dones en comunión, comparten lo que se es y lo que se puede dar, asumen las fatigas y pobrezas de los demás y donde, alimentándose de Cristo en la liturgia, se convierten como él en don, signo y sacramento del Señor. De este modo, el Cuerpo honra a su Cabeza que se ha dado en su totalidad por su Iglesia y vive por él, con él y en él.

## 5. Una última premisa de método, no de mérito

El texto que sigue está estructurado en cuatro pequeños epígrafes que, evidentemente, no comentan toda la constitución *Sacrosanctum Concilium*, sino solo los números que van del 40 al 46. Se enfoca específicamente en la comunidad local, la dió-

cesis y la parroquia como lugares naturales donde celebrar y vivir la liturgia para así hacer una síntesis fecunda entre el culto y la vida.

## I. ELOGIO DE LA ADAPTACIÓN

### 1. De la adaptación a la inculturación

Por todos los motivos de fe y vida, expresados en las premisas, la liturgia nunca puede reducirse a una realidad muda e inexpressiva, sino que necesita ser locuaz, aún más, ha de ser elocuente. Este es el motivo por el que el rito romano nunca ha sido tratado ni puede ser considerado ni gestionado como un repertorio arqueológico, acartonado, hibernado en su aspecto intangible, sino que tiene la necesidad de someterse a lo que SC 40 denomina «adaptación» y que encontrará en los años siguientes un variopinto florilegio de conjugaciones hasta llegar a un término más maduro, prestado de la antropología cultural con el que se describe el proceso de transmisión de la propia cultura de una generación a la siguiente: la «inculturación». Se trata de una declinación más amplia y feliz del término de adaptación con la que acoger y proponer la transmisión y la obra que confieren significado al culto en contextos culturales distintos: esta es la operación que ansiaba *Sacrosanctum Concilium*. El papa Juan Pablo II se apropió de esta expresión y, en cierto sentido, la bendijo. Definió la inculturación como «la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, a la vez, la introducción de estas en la vida de la Iglesia» (JUAN PABLO II, *Slavorum apostoli*, 21). El pontífice esbozó así una especie de elogio de la adaptación y delineó un doble movimiento de «ida y vuelta» entre el Evangelio y las culturas: la «ida» consiste en el hecho de que las culturas se encuentran con el Evangelio y absorben el mensaje cristiano en los niveles más profundos de la sensibilidad que les caracteriza, y la «vuelta» se pone de manifiesto en una especie de «conversión» recíproca que genera una expresión renovada, reforzada y a veces inédita del cristianismo, una nueva experiencia singular de Iglesia dentro de la comunión católica.

## 2. La liturgia, medio para garantizar la contemporaneidad con Jesucristo

El hecho de que la liturgia no sea intangible —da fe de ello su «movida» historia— como, por el contrario, es intangible la Palabra de Dios —no susceptible de manipulaciones ni transformaciones humanas—, constituye una verdadera e indudable declaración: la liturgia es un medio, no un fin, del mismo modo que el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado: *ipse dixit!* (Mt 2,27-28). Es un medio a través del cual la salvación de Dios se hace participable y participada. Como dicen los expertos, es experiencia personal y comunitaria de la *historia salutis in actu*, de la historia de la salvación perennemente actual. Esta actualidad fue captada por almas creyentes especiales, por citar una, Søren Kierkegaard, que escribía:

Su presencia en la tierra nunca se convertirá en un acontecimiento del pasado mientras se encuentre todavía fe en la tierra (Lc 18,8); [...] mientras exista un creyente, es necesario que, para poder serlo, exista y, como creyente, sea contemporáneo de su presencia como los primeros contemporáneos; esta contemporaneidad es la condición de la fe o más exactamente, es la definición de la fe. Señor Jesús, haz que podamos de este modo convertirnos en tus contemporáneos para verte con tu verdadera figura [...] y no con la forma de un recuerdo (*Esercizio del cristianesimo*, Milán 2012, 13) [trad. esp.: *Ejercitación del cristianismo*, Madrid 2009].

En estas reflexiones, el pensador danés había captado plenamente no solo la oportunidad, sino incluso la necesidad de esta contemporaneidad ya que los creyentes de cada época, de la actual también, solo pueden encontrar consciente y libremente a Cristo, muerto y resucitado en el tiempo si él está presente en ellos; solo así puede Cristo ser su salvación en la actualidad. Esta convicción de Kierkegaard no es un patrimonio compartido por otros filósofos, pensadores, literatos y productores de pensamiento. Representante de la categoría de escépticos puede ser el iluminista Gotthold Ephraim Lessing, que se preguntaba cómo era posible franquear el horrible foso que separa al hombre contemporáneo

del Jesús histórico que vivió hace miles de años y entró, resucitado, en el nuevo eón, en el más allá, en el tiempo más allá del tiempo. Y la profundización de esta primera pregunta le llevaba a otras interrogaciones: ¿cómo pueden los hombres, ciudadanos de diversos siglos de la historia y de amplios espacios de la geografía, seguir a tal distancia de tiempo y lugar como discípulos a uno que no es moderno, sino eterno, cada vez más alejado en el tiempo y en el espacio? Esta es la pregunta que nos atañe y que es especial y dramáticamente percibida por los jóvenes en términos de irrelevancia de la figura de Cristo y, como consecuencia, de la Iglesia. Hace unos años, una encuesta efectuada en las escuelas superiores inglesas sobre el índice de aprobación de diversos personajes del pasado y del presente, aportó datos espeluznantes: el interés de estos jóvenes por la figura de Jesucristo se encontraba en el puesto n. 120, el último *ex aequo* con George W. Bush, presidente de los Estados Unidos de 2001 a 2009. Por lo tanto, ¿cómo será posible superar el *gap* cultural entre quien entró en el más allá, en la dimensión definitiva de la que no tienen ninguna experiencia los humanos, y quienes están aún en el aquí, la única experiencia que nos es accesible, para seguirlo, encontrarse con él, familiarizarse con él? ¿Cómo podremos compartir su gracia y su salvación del mismo modo que los que lo conocieron en el espacio y el tiempo para salvar a todos *hic et nunc*, aquí y ahora?

### 3. La liturgia es un «memorial» que permite acceder del tiempo a lo eterno

Sin ninguna sombra de duda, la respuesta que podemos dar a estas preguntas serias y determinantes es: en la liturgia y gracias a ella, y a una de sus categorías específicas, es decir, el «memorial», que no se puede reducir a simple memoria, sino a experiencia que permite acceder desde el tiempo a lo eterno, del *kronos* al *kairòs* (para usar términos apreciados por las Escrituras), es decir, del tiempo insulso que es pura rutina y que devora la vida al tiempo que es evento, maravilla, milagro, que no se apaga nunca porque pertenece al día sin ocaso. Para motivar y justificar esta perentoria respuesta, retomemos una imagen que le gustaba

a san Bernardo. Podemos decir que la liturgia, como también la Iglesia y la Virgen María, su imagen perfecta, es una especie de «acueducto». Escribe el doctor Meliflúo:

Si no me engaño, ya habéis adivinado cuál es este acueducto que recibe todo el caudal de la fuente que brota en el corazón del Padre, y nos distribuye a nosotros lo que somos capaces de recibir. Sabéis, en efecto, a quién se dirigían estas palabras: «Salve, llena de gracia» [...]. Por ello estuvo tanto tiempo la humanidad sin el agua de la gracia: faltaba la mediación de este acueducto tan ansiado de que hablamos. No es extraño que suspiraran por él los siglos pretéritos (BERNARDO DE CLARAVAL, «El Acueducto, sermón en el nacimiento de Santa María», 4, en *Obras completas de San Bernardo*, IV, Madrid 2006, 423).

La liturgia es este admirable «acueducto» a través del cual el agua viva de Cristo puede llegar a los creyentes de todos los lugares y de todos los tiempos. Los antiguos romanos construyeron acueductos grandiosos, imponentes, para que la humilde agua fuera transportada de las fuentes a las ciudades, casas y campos. Del mismo modo, la Iglesia, en su sabiduría secular, ha elaborado el conjunto ritual litúrgico cristiano para permitir que el misterio de Dios llegara a las ciudades, a las casas, a los lugares frecuentados y, sobre todo, a las personas; para llevar el agua viva de Cristo que todavía podemos paladear de idéntica manera tras 2000 años.

#### **4. Adaptación... para que el Misterio sea comunicable y participable**

Hablar de adaptación significa hablar de este deseo y esfuerzo que tiene la Iglesia por hacer que el Misterio sea comunicable y participable, que sea importante para la actualidad. En la historia, las arquitecturas y los estilos pueden cambiar y han cambiado. Recurramos de nuevo a la analogía del acueducto: lo que es inmutable es la función que la liturgia, celebrada por cada comunidad, debe cumplir, lo que hace no para complacerse a sí misma o a los gustos imperantes ni a las modas populares, sino para poder presentar la Iglesia esposa a su Esposo, el Señor,

«gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27), esperando el encuentro salvífico con él. Esta atención, esta preocupación y ocupación de fidelidad a Dios y al hombre, al Espíritu Santo eterno y al tiempo presente, junto con el cuidado por la participabilidad del Misterio, están sintetizados en una acertada expresión: «Itinera fidelitatis sunt semper et necessario itinera creativitatis» («Los caminos de auténtica fidelidad son siempre y necesariamente caminos de sabia creatividad» [cit. en E. SCHILLEBEECKX, *Per una Chiesa dal volto umano*, Brescia 1986, 247]).

## 5. *Sacrosanctum Concilium*, 40

A la luz de este enfoque analizamos el problema de la compleja obra de adaptación que ilustra sintéticamente el texto de SC 40. La terminología utilizada por los Padres conciliares en el primer párrafo habla de una actitud abierta y acogedora que desea que esté cargada de «solicitud y prudencia». Por lo tanto, pide un diálogo provechoso y fecundo entre Iglesias locales e Iglesia universal, para la tutela, por una parte, del *sensus fidei*, del espíritu de fe de cada comunidad y, por la otra, de la *traditio apostolica*, de la tradición apostólica garantizada por la Iglesia de Roma por ser la Iglesia del apóstol Pedro, a quien el Señor confirió un poder singular: «Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19).

En las declaraciones de los párrafos siguientes, la Iglesia no escondía las dificultades del caso, pero tampoco las consideraba un obstáculo insuperable, sino más bien, una estimulante oportunidad para arrancar la liturgia de la irrelevancia con el fin de que el pueblo de Dios alimentara su espiritualidad con ella en vez de hacerlo con las devociones. La liturgia se vería de nuevo llena de sentido y volvería a ser alimento para cada fiel y cada comunidad cristiana. Si aceptamos traducir el término de «adaptación» con el de «inculturación», es decir, con el que responde mejor a la sensibilidad madurada en los decenios posteriores al Concilio, nos damos cuenta perfectamente de que existe una re-

lación de «simpatía» entre culto y cultura —en el sentido griego del término— que no es solo fruto de una etimología común, sino que deriva de una mirada positiva recíproca que instaura un diálogo enriquecedor y aporta una apertura a abrazar de forma acogedora elementos que puedan favorecer la experiencia ritual y cultural del misterio de Dios, encarnado dentro de la cultura y las culturas humanas.

## 6. Una sugerente elaboración teológica

La exhortación formulada en el primer punto de SC 40 recuerda en cierto modo y reenvía a la sugerente elaboración del teólogo holandés Johannes Christiaan Hoekendijk, que quiso profundizar en el concepto de «pueblo» y de «pueblos» a partir de la teología bíblica de la creación. En su opinión, cada pueblo custodia una de las infinitas «herencias» de la creación. El patrimonio criatura-cultura conservado por cada grupo humano no se puede por tanto reducir a un legado meramente material o biológico, sino que constituye un valor teológico-espiritual precisamente por su procedencia. Por consiguiente, desde su punto de vista, es necesaria una especie de «ecología» que no es únicamente relativa a los ecosistemas, sino también a los «conjuntos culturales» que aportan identidad a un pueblo, a una cultura y a su culto. La salvaguarda de cada cultura es por tanto necesaria porque encierra y define la identidad de un pueblo. El teólogo llega a una conclusión lógica: «No podemos llevar adelante la misión de manera absoluta, sino de modo contextual» (cit. en J. LÓPEZ-GAY, «Ecclesiologia della missione», en ASSOCIAZIONE TEOLOGICA ITALIANA, *L'ecclesiologia contemporanea*, Padua 1994, 53).

## 7. Un pequeño glosario

La literatura teológica y magisterial del Concilio Vaticano II a nuestros días ha desarrollado una considerable amplitud de estudios significativos, sobre todo durante el largo y atento pontificado de Juan Pablo II. El vocablo que estamos considerando

do («adaptación») ha sido declinado en varios términos, durante una de las semanas de estudio de la APL (Asociación de Profesores de Liturgia):

La *accomodatio* afecta las adaptaciones previstas para una asamblea litúrgica en el acto de una determinada celebración; la aculturación designa la posibilidad de modificación e incorporación por parte del rito romano de elementos eucológicos y rituales externos que son compatibles con este y pueden ser vistos como sustitutos e ilustradores de partes o elementos de dicho rito; la inculturación es el proceso de reinterpretación y transformación de un rito precristiano a la luz de la fe cristiana que se acepta también con sus elementos de celebración y de rito (F. G. BRAMBILLA, «Ermeneutica teologica dell'adattamento liturgico», en *Liturgia e adattamento. Dimensioni culturali e teologico-pastorali*, Roma 1990, 78).

Mons. Brambilla se ha apresurado siempre a identificar una especie de «corazón» de la adaptación, expresándolo en estos términos: «Volver a traducir la intencionalidad de la celebración cristiana en el contexto cultural dado... la adaptación no procede conceptualmente de rito a rito, sino que vuelve a traducir la intención ritual presente en el conjunto de celebración recibido por la tradición en un sistema simbólico distinto» (*ibid.*, 79). Una excelente intuición que compara a quien se prepara o se aventura en la obra de la adaptación litúrgica a un traductor de un idioma a otro, de un universo semántico a otro paralelo, similar en ciertos aspectos, distinto en otros. Si quiere conseguir un resultado apreciable, ha de darse cuenta de que está realizando una operación cultural y cultural muy seria y no puede permitirse utilizar la adaptación como ocasión para instaurar un estilo litúrgico «salvaje».

Quien se dispone a meter mano en la liturgia tendría que inspirarse en la monástica *ruminatio* de la Palabra de Dios, consciente de que está realizando un acto de fe y de amor eclesiales. Es necesario recurrir a este sabio criterio sugerido por mons. Brambilla ya que la acción litúrgica no presupone la ignorancia, sino, al contrario, la excluye. El fin de quien se ocupa de la adaptación litúrgica consiste en salvaguardar «la intención ritual presente en el conjunto de celebración recibido por la tradición»

con el legítimo y noble esfuerzo de presentarla «en un sistema simbólico distinto» con respecto a lo que esa tradición ha estratificado y codificado a lo largo de los siglos. Evidentemente, el problema se plantea también para quien traduce el rito romano de una lengua que ya no se habla —el latín— a las lenguas que están en la actualidad en común efervescencia. Está claro que las traducciones corren el riesgo de traicionar el texto original, también con Platón o Séneca. Para evitar lo más posible este peligro, no pueden hacerlo simplemente *de verbo ad verbum*, de la palabra a la palabra, sino *de sensu ad ritum*, del sentido del rito al rito celebrado que expresa *in actu* su profundo significado. Es necesario dar claridad sobre esto a todos los niveles eclesiales:

Una primera respuesta atañe a lo que se celebra: no se celebran la vida y los acontecimientos de la sociedad en la que vivimos, aunque se tratara de acontecimientos totalmente positivos y grandiosos; no se celebra la vida de los fieles, aunque esta fuera una suma de virtudes; no se celebra ni siquiera la vida de la Iglesia entendida como comunidad que vive y camina en la historia. La liturgia solo celebra el acontecimiento de la salvación en Cristo (E. MAZZA, «Problemi e prospettive della Riforma Liturgica»: *La Rivista del Clero Italiano* 71/2 [1990] 89).

En esta clave interpretativa ha de leerse el párrafo segundo del n. 40 de la *Sacrosanctum Concilium*.

## 8. **Una Iglesia *mater et magistra* en la generación y la educación**

El escueto párrafo tercero desea un esfuerzo coral eclesial a la hora de generar y educar, de preparar personas cultural y culturalmente competentes, de manera que las orientaciones generales y las actualizaciones concretas no se dejen al arbitrio sin criterio, a una improvisación salvaje o una imaginación desenfadada y separada del misterio, sino que sean expresiones diversas, cualificadas y calificadoras de una Iglesia *mater* en el generar y *magistra* en el educar a la plena madurez de Cristo, como pide el apóstol Pablo: «Hasta que lleguemos todos a la unidad en

la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4,13). Esta plenitud de fe es una de las ambiciones que se propone la liturgia.

## II. LA LITURGIA, DON Y COMPROMISO PARA LA IGLESIA DIOCESANA Y LA COMUNIDAD PARROQUIAL

### 1. La facultad de alabar

Antes de ser uno de los muchos compromisos que tiene que llevar a cabo la Iglesia, la liturgia es don de lo alto. Es participación humana en la liturgia celeste, bendición descendiente y ascendiente, la manifestación más asombrosa del *depositum fidei*, el patrimonio de la fe; porque la Iglesia que celebra los sacramentos confiesa de modo admirable la fe recibida por los apóstoles y da gracias a Dios con la alabanza y la vida que lleva consigo. Es fácilmente memorizable una de las convicciones cultivadas por los creyentes, nunca desmentida por la tradición eclesial: «*Lex orandi, lex credendi*». Su formulación más articulada, obra de Próspero de Aquitania (siglo v) suena del siguiente modo: «*Legem credendi lex statuat supplicandi*» es decir, la ley de la oración establece la ley de la fe; en otras palabras, la Iglesia cree como ora. La liturgia es por tanto patrimonio para heredar y transmitir, tierra virgen por descubrir en su belleza y riqueza espirituales, *hortus conclusus* en donde vivir, según la preciosa imagen del Cantar de los Cantares (4,12). Internarse en la selva exuberante de los símbolos y ritos cristianos, descubrir la presencia del Señor *per ritus et preces*, es decir, a través de los ritos y las oraciones, darse cuenta de que la facultad de alabar impide que nuestra vida esté encerrada en la lógica de la diversión obsesiva es un gran don y un recurso vital para cada creyente y cada comunidad cristiana, especialmente para los jóvenes y los grupos juveniles, que son más fácilmente presa de la cultura del desmadre y de los «placeres forzados».

Abraham Joshua Heschel, un rabino y filósofo místico polaco, nacido en 1907 y muerto en 1972, mencionaba profética-

mente la necesidad de salvaguardar la «facultad de alabar» como tutela de nuestra humanidad:

El secreto del vivir espiritual es la facultad de alabar. La alabanza es el relato del amor y precede a la fe. Primero cantamos y luego creemos. El problema de fondo no es la fe, sino la sensibilidad y la alabanza, el estar listos para la fe [...]. Privado de la capacidad de alabar, el hombre moderno se ve forzado a buscar la diversión: la diversión se convierte en obligatoria. El hombre de nuestro tiempo está perdiendo la facultad de celebrar. En vez de celebrar, busca algo que lo divierta y entretenga. La celebración es un estado activo, un acto con el que se expresa reverencia o apreciación. En cambio, ser entretenidos es un estado pasivo: es recibir un placer ofrecido por un acto de diversión o por un espectáculo. La diversión es un pasatiempo, un distraer la atención de la mente de las preocupaciones del vivir cotidiano. La celebración es una confrontación, un dirigir la atención al significado trascendente de nuestras acciones [...]. Su esencia es atraer la atención sobre los aspectos sublimes o solemnes del vivir, elevarse más allá de los límites del consumo. Celebrar es participar a una alegría más grande, a un drama eterno. En los actos del consumo, la intención es complacernos a nosotros mismos; en los actos de la celebración, la intención es exaltar a Dios, el espíritu, la fuente de la bendición (cit. en F. BROVELLI, «Introduzione», en *Liturgia e adattamento. Dimensioni culturali e teologico-pastorali*, 7).

De las palabras de Heschel se deduce el carácter inconcebible entre culto y entretenimiento. A este respecto, recuerdo que me marcó la respuesta de la conocida madre Anna Maria Canopi, abadesa del monasterio benedictino de la isla de San Giulio en el lago de Orta, al periodista que le preguntaba en una entrevista cómo había festejado la noche entre el 31 de diciembre de 1999 y el 1 de enero de 2000: el cambio de día, mes, año, siglo y milenio, un acontecimiento de época. Con naturaleza y candor, la madre Canopi respondió: «¡Con la liturgia porque esa es nuestra fiesta!». Ella y su comunidad no eligieron el bullicio de «un viento impetuoso y potente» ni el fragor de «un terremoto», ni el resplandor de «un fuego», todas cosas que ciegan y aturden pero que no llenan el corazón, sino el deseo del «susurro de una brisa

suave» que sacia y refresca el corazón, según la famosa página de 1 Re 19,11-12: esto es lo que muestra el rostro auténtico de Dios; esta es la zarza ardiente de la liturgia que quema y no se consume y que motiva la facultad de alabar.

## 2. El compromiso de alabar con arte

Don, por tanto, pero también compromiso, porque en la vida del cristiano y de la comunidad cristiana, la liturgia debe ser amada, profundizada, cuidada, promovida, educada y convertida cuando sea víctima de una deriva de significado que la invalide de demagogia o sociología, de divagaciones varias o ritualismo hasta a sí misma. Los campos donde esmerarse y tomarse en serio la liturgia son innumerables y exigen, junto con la competencia y la profesionalidad de los expertos, comunidades vivas y apasionadas, ricas de vigor juvenil y frescas en la fe, sensibles y entusiasmadas en trabajar por el reino en este sector crucial de su edificación. Intentemos hacer un elenco de ámbitos donde esmerarse, pensando en una concreta comunidad cristiana, en una de nuestras parroquias y en cómo puede comprometerse en alabar con arte.

*El cuidado del canto litúrgico*, que es un género literario propio y específico, no identificable simplemente con el canto religioso o con el canto sacro. El cuidado del canto litúrgico presupone una pregunta: ¿qué se propone el canto litúrgico? Es ante todo un objetivo de fe. Si es verdad lo que afirma san Agustín: «Cantare amantis est» («cantar es típico de quien ama»), nos proponemos elevar una alabanza que no exprese los gustos personales de los expertos, sino la fe y el amor de una Iglesia por su Señor. Por lo tanto, el objetivo es típicamente litúrgico, el ofrecimiento de un instrumento que permita actuar con distinción el «arte de celebrar» en nuestras comunidades, ya que no todo puede entrar en la celebración del culto de Dios. Es necesario tener claros los criterios que la Iglesia ha formulado, y el primer criterio con respecto a qué y cómo cantar nos es ofrecido por la *Ordenación General del Misal Romano* en los nn. 46 a 90 y el n. 367. Es bueno que quien se ocupa del canto litúrgico examine estas indicaciones para madurar convicciones y habilidades

eclesiales, para entrar en un clima cultural eclesial. Esto significa que cada canto ha de tener dignidad, una lógica en la celebración y ser ejecutado en el momento oportuno. Valga la regla: «¡El canto justo en el momento justo!». Además, junto con un criterio de lógica en la celebración, se ha de tener en cuenta un criterio de cualidad literaria y musical de lo que se canta... si el problema es «cantar la fe». Por lo tanto, es necesario que llegar a un salto «cultural»: hemos de pasar de cantos yuxtapuestos en la misa a celebraciones normales en canto. Esto es fácilmente comprensible. En un artículo encontrado casualmente en internet y titulado «Da Sacrificio ad avanspettacolo: la Messa nel terzo millennio», en el cual el autor se refería al músico «no católico Franco Battiato... entrevistado por Fabio Fazio en [el programa televisivo italiano] *Che tempo fa*... comentó: “Me parece que la liturgia tendría que ser algo muy serio, hecha con criterio. No se puede poner dentro de una misa a unos chicos que cantan en un estilo de serie C de la música ligera italiana más trivial; lo encuentro, entre otras cosas, una blasfemia. Es decir, lanzar a Cristo, a Dios: ‘Estás con nosotros’, ‘eres mucho más’, dicen cosas increíbles... ¡Calma! Habla así a tu compañero de pupitre”». Resulta grotesco que un análisis tan lúcido de la grandeza del misterio litúrgico (y de su traición) provenga del exterior del mundo católico. Pues bien, el ámbito musical es un espacio amplísimo y vivo para el diálogo, la sintonía, la sinergia entre culto y cultura y para el ejercicio de la «santa libertad de los hijos de Dios».

*El cuidado de la acogida*, como el trato que debe hacerse cada vez más caracterizador y característico de las comunidades cristianas, si no quieren reducirse a entidades fríamente administrativas, fiscales, pedantes, sobrecargadas por la dimensión burocrática y apartadas de la intensidad de las relaciones de las siempre más urgentes cuestiones de oficina o reducirse a espacios de museo de un glorioso pasado ya muerto. La familia de Dios tiene en la celebración litúrgica su manifestación más asombrosa: «Liturgia epiphania Ecclesiae» («la liturgia manifiesta la Iglesia»), una Iglesia acogedora, ¡que sea de verdad así!

*El cuidado de la ministerialidad*, que no es prerrogativa exclusiva de los niños, sino ejercicio del sacerdocio bautismal de los creyentes adultos, en todo lo que prevé una pluralidad de

carismas y ministerios: en el servicio del altar, en la proclamación cualificada y relevante de la Palabra de Dios, recogiendo los dones, distribuyendo la eucaristía, apoyando el canto, en la premura por la dimensión orante antes, durante y después de la celebración, en la abnegación carismática a las mil necesidades de una comunidad.

*El cuidado del aula y de los espacios litúrgicos*, de modo que quien entra en la iglesia esté inmediatamente provocado y llamado a vivir el misterio de la fiesta o del tiempo que se celebra. La iglesia de Adviento debe ser distinta a la iglesia de Cuaresma; la iglesia de Navidad tiene que ser distinta a la iglesia de Pascua; la iglesia de Pentecostés ha de distinguirse con respecto a la iglesia del tiempo ordinario. El cuidado de los detalles: de las flores a las velas, de los ornamentos a los colores, de las imágenes a los símbolos, de los soportes a la disposición general, se convierte en la narración de la fe y del amor de una comunidad para quien es rey y centro de los corazones, pero también del buen gusto eclesial y eclesiástico, expresión de una Iglesia llamada a ser educadora en todo y para todo.

*Sobre todo, el cuidado de las personas*: cada uno, cuando entra en el aula litúrgica, debe tener la neta sensación de no ser un anónimo, colocado casualmente dentro de un ambiente impersonal, sino una persona única e irrepetible, amada y redimida, porque aquí es palpable la realidad de que el Señor Jesucristo es «redentor del hombre» y, por lo tanto, el hombre es el «camino primero y fundamental de la Iglesia» (JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 14). Por estos motivos la liturgia es para el hombre y para los hombres.

### 3. El cuidado de la liturgia en la catedral

Junto a esta serie de cuidados, de dimensión típicamente parroquial, SC 41 hace sobresalir los de dimensión diocesana y, por lo tanto, episcopal. En cada diócesis se piensa en la iglesia del obispo. Cada catedral constituye en cada ciudad episcopal un signo evidente de por sí y muy querido en el corazón de un pueblo: toda la historia de una ciudad se condensa en ella; lo mejor

de su arte y su genio residen ahí como en su casa; todos los momentos alegres y dramáticos de la *civitas* encuentran en ese lugar su hábitat natural; toda la santidad que ha florecido en una Iglesia local a lo largo de los siglos tiene en su catedral su referencia natural; las criptas custodian el *sancta sanctorum* de cada diócesis; de forma que este edificio único nunca es llamado con el nombre común de «iglesia», sino con el nombre propio, determinado por el elemento que la caracteriza y la hace única y especial: la catedral del obispo. Se sabe que la catedral tiene además de esto otras particularidades: un capítulo de canónigos encargados explícitamente del culto; tradiciones propias que generaciones de sacerdotes y laicos, seminaristas y miembros de asociaciones juveniles católicas han aprendido a conocer y querer; órganos de gran valor apoyados a menudo por varios instrumentos con los cuales músicos titulados expresan sus virtuosismos; coros famosos e impecables que se cimientan en las páginas más impracticables y monumentales de la literatura musical; expertos maestros de ceremonias que solo aquí tienen la facultad de dirigir incluso a obispos. La catedral es sede natural de celebraciones importantes y extraordinarias para la vida de una ciudad y de una diócesis: las ordenaciones sacerdotales y episcopales, las misas crismales, los sínodos diocesanos, la apertura y la clausura de los años pastorales, conocidos sermones con relatores ilustres, los momentos ciudadanos más importantes y la visita de personajes destacados.

Precisamente por su carácter único e irrepetible, la vida litúrgica de la catedral ejerce una fascinación irresistible en las personas y las comunidades de una diócesis que exige una enorme responsabilidad: la ejemplaridad. La catedral tiene el deber según el dictado conciliar de suministrar a las parroquias de la diócesis una ejemplaridad positiva y propositiva, paciente y al mismo tiempo acuciante. Una catedral nunca ha de exhibir una ejemplaridad negativa por la que se aprende todo lo que no se tendría que repetir en absoluto en la iglesia más pequeña y humilde de la diócesis. Si cada iglesia ha de percibir el perfume de la Iglesia, una, santa católica y apostólica, la fragancia de la *Ecclesia orans*, con mayor razón ese aroma ha de hacerse más intenso en la catedral. Todos (el obispo, los sacerdotes y diáconos, los religiosos, los laicos) son llamados aquí a ser testigos y

protagonistas de la Iglesia «una», en comunión según el estilo de Pentecostés que no consiste en una uniformidad masificada, sino en la «convivialidad de las diferencias» (usando una expresión querida por don Tonino Bello) de espiritualidades, sensibilidades pastorales o distintos puntos de vista en lo que es opinable. Son llamados a ser protagonistas de la Iglesia «santa», no solo porque las criptas de las catedrales suelen custodiar las reliquias de los santos patronos y las tumbas de los obispos difuntos, sino porque cada diócesis se convierte en escuela de vida santa. Son protagonistas también de la Iglesia «católica» porque en la diócesis y en las parroquias son capaces, sobre todo mediante la liturgia, de conjugar y conciliar la propia especificidad con la universalidad y aquí nos hacemos expertos en enriquecer la Iglesia universal con la propia aportación original al mismo tiempo que nos enriquecemos con todo lo que ofrece la Iglesia católica e impedir así que cada comunidad se vea apagada y encerrada en confines territoriales: protagonistas de la Iglesia «apostólica» porque, gracias al sabio maridaje entre *nova et vetera*, entre *Traditio et progressio*, entre lo antiguo y lo nuevo, la comunidad diocesana está sólidamente anclada en las raíces cristianas que la han generado y, al mismo tiempo, está abierta y es experta en gestionar la novedad que el Espíritu suscita en la Iglesia. La liturgia es un terreno muy fuerte e importante de experimentación de estas dimensiones que constituyen la Iglesia de Cristo, ya que es consciente de que en ella la *lex orandi es lex credendi* y, por consiguiente, *lex vivendi*. Este enfoque hace más comprensible el dictado conciliar que encontramos en SC 41.

#### 4. El cuidado de la liturgia en las parroquias

Es evidente que la vida litúrgica del obispo y la catedral no agota el culto del pueblo de Dios que vive en una diócesis. Al contrario, postula la necesidad de un desplazamiento para que todas las comunidades estructuradas en ella puedan expresarse como *Ecclesia orans*. Así, el texto del Concilio (SC 42) persigue el objetivo de la vida litúrgica parroquial. Es muy expresiva y significativa la imagen aquí evocada: las comunidades parro-

quiales «en cierto modo, representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo». Por lo tanto, la parroquia es la modalidad concreta, perceptible y utilizable para gustar y ver lo bella que es la Iglesia. Es evidente que la Iglesia no es el fin de la experiencia creyente: hemos sido hechos para Dios, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica* («El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar», CEC 27), siguiendo la larga estela de lo que ya afirmó san Agustín: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones*, 1, 1). Pero también es verdad lo que afirmaba uno de los Padres de la Iglesia: «No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre» (CIPRIANO DE CARTAGO, *La unidad de la Iglesia católica*, 4). Cada gesto, cada palabra, cada preocupación y ocupación del creyente y de la comunidad parroquial, son significativos e importantes, pero nada como la liturgia es *epiphania Ecclesiae*, revelación a sí misma y al mundo de su identidad y su misión.

## 5. **El domingo, milagro vivo de la Iglesia**

El n. 42 de SC se sitúa de nuevo perfectamente en un tiempo como el nuestro, fuertemente caracterizado por la desafección hacia el domingo cristiano, entendido y vivido como día del Señor y, sobre todo, por la indiferencia ante la eucaristía festiva, memorial de la Pascua. Estas afirmaciones de los padres conciliares resuenan de lo más oportunas hoy, porque sin eucaristía no hay Iglesia, comunidad, fiesta, ni siquiera fe, esperanza, amor, tres virtudes necesarias para la sociedad civil antes que para la Iglesia. Esto lo saben bien sobre todo las comunidades cristianas con escasez de ministros de la eucaristía, mientras constatan la disgregación de su ser Iglesia, pero también lo percibe la humanidad que se encuentra debilitada de las virtudes teologales como valor colectivo compartido, y se ven enfrentados a problemas sociales relevantes. La caída del número de creyentes ha

traído consigo un crecimiento exponencial del número de crédulos (escribía sabiamente el cardenal Giacomo Biffi: «Creo que la distinción más adecuada entre los hombres de nuestro tiempo no es tanto entre creyentes y no creyentes, sino entre creyentes y crédulos»: *La fortuna di appartenergli. Lettera confidenziale ai credenti*, Bolonia 2012). La disminución del número de personas capaces de esperanza ha acrecentado el sentido extendido de frustración, fracaso, soledad, desesperación, con episodios horribles de sucesos, que a menudo ni siquiera son publicados por un tácito acuerdo entre periodistas y fuerzas del orden para evitar provocar peligrosos mecanismos de emulación. La pérdida de la capacidad de amar con el estilo de Jesucristo y con la regla de la caridad cristiana ha puesto en crisis todas las obras filantrópicas que en los siglos de la cristiandad habían conocido una explosión y un florecimiento increíbles. En muchas comunidades cristianas, antes de perder completamente el sentido del domingo cristiano para sustituirlo con el del efímero «fin de semana» paganizante, se habría debido retomar y volver a meditar, a llevar a cabo, uno de los documentos más frescos y felices del episcopado italiano: la nota pastoral *Il giorno del Signore*, de mayo de 1984 que, con 40 años de distancia, revela todavía una gran actualidad.

### III. *LITURGIA CRESCIT CUM ORANTE*

#### 1. **Una liturgia vibrante**

La liturgia no se reduce a un árido e incomprensible ritual en el que hay que ejecutar todo lo que prescriben las llamadas «rúbricas», es decir, las indicaciones escritas en color rojo en los libros litúrgicos que indican cómo proceder. La liturgia es una cuestión de corazón. Recuerdo haber leído en la entrada al coro de un monasterio una cartela de madera que decía: «Ante Deum stantes, non simus corde vagantes» («cuando estamos en la presencia de Dios, ¡no dejemos que vagabundee el corazón!»). Un estímulo espléndido que apela al corazón del creyente y de las comunidades que celebran, cuando se ponen en presencia del Se-

ñor, exhortándoles al *Dasein*, a ser aquí, a no ser presa del vago-bundeo (lo que no es imposible) cuando se es forzado a asumir una parte sin convicción ni amor. No basta con decir y hacer de forma intachable lo que dicta la liturgia para celebrarla bien. Hay que vivir la liturgia, hay que hacerla vivir, vibrar, como atestigua san Agustín cuando recuerda con admiración el «amén» del final de la oración eucarística que casi hacía temblar los muros de su catedral de Hipona. La liturgia nunca puede ser un gesto rápido y moderado, sino que ha de ser un acto vibrante, «el paso del Espíritu Santo por su Iglesia» (SC 43), uno de esos pasos que renuevan la faz de la tierra. La partitura musical es la única metáfora a la que puedo recurrir para ilustrar el título de este epígrafe («Liturgia crescit cum orante» [la liturgia crece con quien ora]) y para intentar describir casi al detalle la vitalidad connatural a la liturgia y transmitida por ella como una especie de Pentecostés viviente.

Una lectura plana y amorfa consigue hacer despreciar incluso una auténtica obra maestra, una piedra miliar de la historia de la música. Una interpretación refinada e intensa, ofrecida por un gran músico como Herbert von Karajan, consigue revivir cualquier texto antiguo. Cuando escucho algunas interpretaciones magistrales de mis autores preferidos, Johann Sebastian Bach y Wolfgang Amadeus Mozart, percibo casi su respiración, siento flotar su espíritu, advierto su presencia eterna y su genio inmortal en los virtuosismos de los que han sido maestros incomparables, infligiendo a sus alumnos el deber de la excelencia, cueste lo que cueste. El mismo discurso vale para muchas otras formas de arte: la literatura, el teatro, la poesía... Las grandes representaciones de Esquilo, Sófocles, Eurípides, que se vuelven a proponer cada año en los teatros griegos esparcidos a lo largo de las orillas del Mediterráneo, hacen revivir la actualidad y modernidad perennes de la tragedia griega y nos secuestran del fragmento de tiempo que estamos viviendo para convertirnos en protagonistas del perpetuo drama que atraviesa la historia, al igual que lo hacen las parábolas evangélicas. El mismo razonamiento se aplica a la liturgia romana, cuyos padres son Hipólito Romano, León Magno, Gelasio, Gregorio Magno... personajes muy lejanos en el tiempo, pero cuya fe y oración, si se revitalizan adecuadamente en el rito mediante el *ars celebrandi*, se convierten en la expre-

sión de la fe inmutable y la eterna oración de la Iglesia y saben hacer vibrar las cuerdas del corazón de cada comunidad que se ve así capaz de hacer crecer la liturgia junto a quien la celebra y la reza si está arraigada en este *humus* vital: no solo la liturgia, sino la historia de la salvación que se encarna en ella y se realiza en experiencias de Iglesia siempre nuevas e inéditas. ¡La liturgia es vibrante por naturaleza porque vivimos del mismo modo, culturalmente, todo lo que se ha vivido históricamente y es narrado por la Sagrada Escritura!

## 2. En la escuela de buenos maestros

Vayamos a la escuela de buenos y grandes maestros. Muchos santos lo han sido, también ilustres teólogos, escudriñadores y expertos del misterio de Dios. Los volvemos a encontrar y los redescubrimos junto con sus obras monumentales. Quiero recordar aquí a uno en particular: el maestro que descubrió el tesoro del culto sepultado en el olvido y lo ofreció a toda la Iglesia, uno de los pioneros del Movimiento litúrgico, el monje benedictino Odo Casel, que en su grandiosa obra titulada *El misterio del culto en el cristianismo*, publicado en Italia por Borla, orientó y favoreció el volver a entender el sentido de celebrar que se había empañado y ofuscado con el transcurrir de los siglos. He sentido un escalofrío de emoción y conmoción al celebrar la eucaristía junto con uno de los últimos testigos de esta estación del Espíritu, el anciano padre Burkhard Neunheuser, OSB, en la cripta de la abadía Laach, no lejos de Colonia (Westfalia) donde estos monjes profetas del Movimiento litúrgico, en la segunda década del siglo xx, experimentaron *in nuce* lo que para nosotros se ha hecho habitual. El Movimiento litúrgico que atravesó de manera transversal la Europa del siglo xx constituye efectivamente «un signo de las disposiciones providenciales de Dios sobre nuestro tiempo, como el paso del Espíritu Santo por su Iglesia» (SC 43). Pero este movimiento litúrgico no puede reducirse a los grandes nombres de sus precursores y protagonistas como don Prosper Guéranger, don Salvatore Marsili, don Lambert Beauduin, don Cipriano Vagaggini,

don Romano Guardini o el cardenal Joseph Ratzinger que, sin ser liturgista *strictu sensu*, se ocupó en abundancia y de manera pertinente de la liturgia. El Movimiento litúrgico pide convertirse en un fenómeno cada vez más coral y atrayente, cada vez más eclesial, más participado por todas las realidades parroquiales desde aquellas donde la numerosa presencia de ministros garantiza caminos metódicos y normales de fe y sacramentales, hasta aquellas donde la ausencia de presbíteros y ministros crea sufrimiento, sentido de abandono, condición de diáspora. En todas es necesario un movimiento de amor y valor conferido a la liturgia para generar nuevos maestros acreditados, nuevos mistagogos y padres, conscientes de que, donde se realiza el *ars celebrandi* como expresión del *ars credendi*, se realiza el perenne milagro de la Iglesia: *liturgia crescit cum orante*. Este es el sentido de lo que «contemplaba» y establecía SC 43.

#### IV. QUIÉN DEBE OCUPARSE DE LA LITURGIA

##### 1. **Repensar las comisiones**

Hemos llegado a una cuestión final para nada irrelevante: ¿quién tiene que ocuparse de la liturgia? Si nos atenemos al dictado conciliar, parece que son los clásicos expertos, en particular, las fatídicas comisiones sobre las cuales es oportuno pararse un instante otorgándoles la debida atención y repensarlas. Las comisiones invaden y ocupan ya casi todos los espacios del vivir colectivo. Se han convertido en una costumbre social: cuando no se sabe cómo resolver un problema, se nombra una comisión. De este modo, la conciencia comunitaria y personal de los responsables es acallada y se engaña a sí misma pensando que la cuestión está prácticamente resuelta. Pululan tantas comisiones que toda la vida parece estar comisionada, los problemas y las soluciones a menudo también, de manera que ni siquiera las proverbiales calendas griegas han tenido la suerte de ver algún resultado tangible y apreciable de la somnolienta actividad de comisiones altisonantes. Salvo, naturalmente, ¡loables excepciones! Y no solo eso, las comisiones son a menudo estructuras blindadas,

los nombres de sus miembros suelen ser siempre los mismos, que son solo aquellos que desde siempre y para siempre forman parte de los sagaces seminaristas o de los activos miembros del consejo diocesano de Acción Católica. Estos, considerados ya como venerados patriarcas, han dedicado su vida a sentenciar en el hiperurano, pero quizá nunca a «manchase las manos», es decir, a ver/juzgar/actuar en los reales campos de batalla. Sí, lo admito, corro el riesgo de resultar un poco polémico. Por lo demás, me siento bien acompañado por lo que alguien mucho más acreditado que yo dijo:

La inculturación debe implicar a todo el pueblo de Dios, no solo a algunos expertos, ya que se sabe que el pueblo reflexiona sobre el genuino sentido de la fe que nunca conviene perder de vista. Esta inculturación debe ser dirigida y estimulada, pero no forzada, para no suscitar reacciones negativas en los cristianos: debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, debe madurar en el seno de la comunidad, y no ser fruto exclusivo de investigaciones eruditas» (JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 54).

Estas son las razones magisteriales por las que siento una cierta alergia por las comisiones, o mejor, por la manera en que se conciben y se conducen normalmente. Creo que se han de repensar para conseguir una auténtica funcionalidad. Después de haber tenido esta preciosa oportunidad de decir en voz alta un pensamiento recóndito, aprovecho la ocasión para expresar mi pena por mostrar lo que no funciona y, sobre todo, por formular el deseo de que algo pueda funcionar mejor.

Evidentemente, no tengo recetas milagrosas que proponer y no soy enemigo a ultranza de los grupos de expertos —a los que pertenezco sin méritos particulares— porque están llamados a trabajar por el bien de todos. Es más, ¡sean bienvenidos! Con tal de que el bien de todos no sea decretado únicamente por algún legislador, sino también por todos esos «expertos» que tienen una verdadera experiencia de fe y amor por Cristo y por la Iglesia, como indica espléndidamente uno de los textos litúrgicos más intensos y expresivos: «Expertus potest credere quid sit Jesum diligere» («solo el experto puede creer lo que es amar a Jesús») [himno «Jesu dulcis memoria», en *Liber usualis*, Solesmes 1961,

452]). Con ellos sí es necesario una relación de diálogo y también una relación dialéctica, ¿por qué no? Quizá no con todos —sería utópico—, pero sí al menos con muchos de ellos que tienen sinceramente algo que decir y tanto corazón con que ofrecer su contribución. Así vería bien una comisión: abierta a muchas voces y contribuciones de carácter y corazón amplios de manera que su trabajo, si se hiciera así, llevaría a superar y vencer una cierta aridez de gestos y textos. Con este presupuesto podemos leer el dictado conciliar de SC 44-46 sobre el que hay poco que comentar. Como mucho se puede formular el deseo de que esas comisiones no tengan una forma exclusiva, sino inclusiva.

## 2. Comisiones sí, pero no compartimentos estancos

Siempre a propósito de una ampliación de miras, tema cardinal del Concilio Vaticano II, encuentro difícilmente comprensible concebir todavía hoy la realidad del culto diferenciada en tres compartimentos estancos como «liturgia», «música» y «arte». Quien se dedica a la liturgia no puede prescindir del gran acto de culto que es armonía —una de las características de Dios— y arte, celebración altísima de las *magnalia Dei*. Testigo autorizado de esta conciencia holística es el entonces cardenal Joseph Ratzinger que, en el discurso pronunciado en el *Meeting* de Rimini de 2002 aportó este testimonio personal:

Sigue siendo una experiencia inolvidable para mí el concierto de Bach dirigido por Leonard Bernstein en Múnich, tras la prematura muerte de Karl Richter. Estaba sentado al lado del obispo evangélico Hanselmann. Cuando se apagó triunfalmente la última nota de una de las grandes cantatas del solista Thomas, nos miramos espontáneamente el uno al otro y con la misma espontaneidad dijimos: «Los que hayan escuchado esta música saben que la fe es verdadera». En esa música se percibía una fuerza extraordinaria de realidad presente, que suscitaba, no mediante deducciones, sino a través del impacto del corazón, la evidencia de que aquello no podía surgir de la nada; solo podía nacer gracias a la fuerza de la verdad, que se actualiza en la inspiración del compositor.

La connotación de la música es genuinamente religiosa y encuentra en el canto gregoriano una de las cimas nunca superadas por ser insuperable.

Cómo no recordar que el *locus iste* donde se celebra y se alaba es normalmente una joya artística, fruto de lo que Pablo VI describía en su famosa *Homilía en la misa de los artistas*, celebrada en la Capilla Sixtina el 7 de mayo de 1964:

En esta operación que trasvasa el mundo invisible a fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros. Es vuestra tarea, vuestra misión; vuestro arte consiste precisamente en recoger del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad. Y no es solamente una accesibilidad como puede ser la del maestro de lógica, o de matemáticas, que hace comprensibles los tesoros del mundo inaccesible a las facultades cognoscitivas de los sentidos y a nuestra percepción inmediata de las cosas. Vosotros también tenéis esta prerrogativa por el hecho mismo de hacer accesible y comprensible el mundo del espíritu, conservando a este mundo su inefabilidad, el sentido de su transcendencia, su ambiente de misterio, la necesidad de conjuntarlo al mismo tiempo con la facilidad y con el esfuerzo [...]. Y si nos faltara vuestra ayuda, el ministerio sería balbuceante e incierto y tendría que hacer un esfuerzo, diríamos, para hacerse artístico, o mejor para hacerse profético. Para alcanzar la fuerza de la expresión lírica de la belleza intuitiva necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte.

Por lo tanto, siervas de la liturgia son la armonía y esta profesión de fe *in actu* que es el arte en sí en sus distintas formas. La arquitectura es celebración de Dios. En una de mis iglesias, única en el mundo por determinados aspectos, uno de los célebres arquitectos del siglo XVIII, Antonio Galli da Bibbiena, realizó una serie de bóvedas perforadas en la mampostería, contenidas en una doble y triple cúpula, gracias a las cuales se puede explicar a los visitantes qué es la fe: ver no con inmediatez, sino con certeza porque el paraíso se entrevé en la pintura al fresco, aunque no en todos sus detalles. El arquitecto llamaba a este genial artificio «las perspectivas celestes». La escultura es celebración de Dios: hablaba de ello en términos teológicos uno de los doctores de la Iglesia:

La misma idea, pero aplicada a la esfera antropológica, se halla ya en san Buenaventura, quien explica el camino por el cual el hombre llega a ser él mismo, estableciendo una comparación con el tallista de imágenes, es decir, el escultor. El escultor no hace algo, dice el gran teólogo franciscano. Su obra es, en cambio, una *ablatio*: consiste en eliminar, en tallar lo que es inauténtico. De esta forma, mediante la *ablatio*, sale a la superficie la *nobilis forma*, o sea la figura preciosa. Así también el hombre, para que resplandezca en él la imagen de Dios, debe acoger principalmente la purificación por medio de la cual el escultor, es decir, Dios, le libera de todas las escorias que oscurecen el espacio auténtico de su ser y que le hacen parecer como un bloque de piedra bruto, cuando, por el contrario, habita en él la forma divina (J. RATZINGER, «Una compañía siempre reformable». Meeting de Rimini, 1990: *Communio* 13/2 [1991] 154-172).

La pintura y todas las llamadas «artes menores» (que no tienen nada de menor) son celebración de Dios: nuestras iglesias y museos desbordan de maravillosos «iconos» que se revelan para los fieles y para los visitantes, incluso para los más distraídos, como auténticas ventanas al Misterio representado, con la misma veneración que la Iglesia tributa al santísimo Sacramento. El arte se ha desarrollado y conocemos las vetas que ha alcanzado en el esfuerzo de narrar el misterio, de hacerlo visible, palpable, accesible, comunicable. H. G. Gadamer está convencido de que, en la experiencia estética, el arte se hace vehículo para encontrar y gustar la verdad. Este encuentro con la verdad nunca es un acontecimiento inerte ni inocuo: «En la experiencia del arte vemos realizarse una experiencia que modifica realmente a quien la hace» (H. G. GADAMER, *Verità e modo*, Bompiani 1997, 112). En la obra de arte, la verdad de la realidad encuentra una proclamación singular que la experiencia común nunca puede expresar de ese modo tan elevado. La verdad que se revela estéticamente no es menos verdadera, al contrario, lo es más que la realidad adquirida empíricamente. La obra de arte se hace más real que la realidad porque no hay forma ni imagen de ella, es inteligible en su máximo grado de comprensión por estar libre de lo factual y de lo particular de las cosas cotidianas. Lo real hecho forma artística habla de lo real, no solo lo parece, sino que lo es.

### 3. La Iglesia necesita una nueva generación de «liturgistas»

Por tanto, el verdadero liturgista es también músico y artista, como también el verdadero músico es liturgista además de artista, y el verdadero artista es ministro de la gloria divina y cantor de la belleza suprema. Soy muy consciente de que no todas las pequeñas realidades (a veces ni siquiera las más grandes) disponen de una pluralidad de personas tan poliédricas, pero también es verdad que la Iglesia en sus 2 000 años de historia ha invertido siempre en la educación y la preparación de personas competentes. La carencia actual de estas figuras denuncia un déficit eclesial: quizá nos hemos concentrado en otras cuestiones importantes, necesarias y muy loables, pero se ha descuidado valorar el momento de la celebración como *culmen et fons* (SC 10) de toda la experiencia creyente. Y una cosa no excluye la otra. Humanamente hablando, parece un derroche el unguento de «perfume de nardo, auténtico y costoso» vertido sobre los pies de Jesús en casa de María en Betania, pero el Hijo de Dios elogió este gesto litúrgico de amor hacia él (cf. Jn 12,1-11). Para los pobres que siempre están con nosotros, no faltan en la Iglesia recursos humanos y económicos con lo que se puede y se debe garantizar su dignidad y humanidad. Del mismo modo, otros recursos de personas y medios pueden ser utilizados para el culto de Dios gracias al cual la salvación alcanza al hombre, a todos y a cada uno. La Iglesia necesita una nueva y extensa generación de «liturgistas», incluso de los que carecen de títulos académicos porque lo son no por profesión, sino por fe y amor. Unidos a los liturgistas por vocación y competencias, pueden aportar una gran contribución a la Iglesia.

Para aclarar mejor mi pensamiento sobre esta cuestión y para evitar desagradables equívocos con amigos y colegas sobre el papel que las comisiones litúrgicas están llamadas a desarrollar dentro de las comunidades parroquiales, diocesanas y de la Iglesia universal, creo poder describir su función mediante una analogía: los coros en la liturgia. Estos no han de fagocitar la asamblea impidiendo que esta cante un solo amén. Al contrario, han de promover el canto de toda la asamblea mediante una sabia dosificación de las partes corales, solistas y a capela. El culto puede ser

muy expresivo y fructífero si concilia todos estos aspectos. Así, las comisiones no deben fagocitar las comunidades cristianas con propuestas separadas de la vida y la fe del pueblo de Dios, impidiendo a la comunidad ser *vox populi, vox Dei*. Al contrario, las comisiones han de trabajar sinérgicamente con toda la comunidad y promover la educación litúrgica y el compromiso ante la celebración de toda la comunidad y de todas las comunidades, también mediante un sabio y necesario discernimiento que es carisma ante todo del obispo y, por consiguiente, de todos sus colaboradores corresponsables en la dirección de la pastoral eclesial, es decir, de la Iglesia en su conjunto, y que permite custodiar lo que es bueno y abandonar lo que no lo es. Puede ser muy expresivo y fructífero el culto que surge de la conciliación de todos los aspectos y de un camino de fe compartido y educativo.

No quiero ni siquiera tomar en consideración la funesta hipótesis de personas incompetentes o ideológicamente cerradas que pueden causar que se corra el riesgo de que puntos de vista como poco discutibles se apoderen furtivamente de esas comisiones e impongan, inflijan, a las comunidades un tipo de celebración, soporte, propuesta, ruta, ritualidad o música litúrgica que esté fuera del mínimo sentido común y, sobre todo, del recto sentir de la fe. Es evidente que las reacciones de signo netamente opuesto reivindican la misma *libertas operandi*, aun sabiendo que a veces encuentran vetos inmotivados incluso estando plenamente en el surco de la tradición de la Iglesia. Nos preguntamos honestamente el porqué de pesos y medidas diversas y no equitativas. El arte del discernimiento, propio del obispo y de toda la Iglesia, encuentra en esta materia uno de sus ejercicios privilegiados.

## EPÍLOGO

El título del que hemos partido dejaba entrever amplísimos campos de exploración, discusión y propuestas. El señalar los nn. 40-46 de la *Sacrosanctum Concilium* como referencia donde concentrar la atención y como lugar donde moverse, ha delimitado algo el área donde manejarse. Por respeto al texto que se quería dar a conocer, he intentado no sobrepasar la zona

*off limits* por estar reservada a otros exploradores. Pido perdón si en algún momento la he traspasado, aseguro que no es mi intención convertirme en un prevaricador. Pero querría desear que estas sencillas anotaciones —así me lo ha pedido la redacción— puedan llegar al corazón de quien se ocupa de la liturgia en las comunidades parroquiales e iniciar un estudio, un debate y un entusiasmo renovados sobre el tema de la liturgia para vivirla en la parroquia como *culmen et fons* (SC 10) de la vida cristiana, como momento de epifanía por excelencia y por antonomasia del ser Iglesia, como ocasión especial para vivir la espiritualidad litúrgica que es base y meta de cualquier otra espiritualidad, sacerdotal, religiosa y laica.

La liturgia en la parroquia, sobre todo en los tres momentos *princeps*, es decir, el «año», el «día» y la «cena» del Señor, es el primero y principal camino de fe del creyente y la Iglesia, es el momento en el que, proclamando con fe y amor nuestro *eukaristein*, la acción de gracias, gritamos en la esperanza «Maranathà» al esposo que viene para que esté con nosotros todos los días hasta el fin del mundo y al que podemos abrazar como Maestro y seguir como Señor en la liturgia.

